

El placer del fracaso

Ficción y academia literaria

Héctor Fernando Vizcarra

n

NO TODOS VAN A DAR CON EL PSIQUIATRA, pero es común que los estudiantes de doctorado atraviesen un episodio que lo amerite. A principios de 2011, en el segundo semestre del doctorado en Letras, fui medicado con antidepresivos y anticonvulsivos. La dosis tuvo efecto a los siete días. Comencé a dormir y los ataques de ansiedad disminuyeron. Hasta antes de esa crisis controlaba mi trastorno obsesivo compulsivo con lectura y trabajo de tesis de lunes a jueves. Los viernes y los sábados los dedicaba al alcohol, a ver fútbol o a fisgonear en Internet, el ritmo semanal de muchos doctorandos. El rigor que exige la academia, cuando uno se la toma en serio, deja poco espacio para evadir la presión de entrega de avances y de presentaciones en congresos y coloquios. Porque la obligación del doctorando es profundizar su conocimiento hasta el grado de lo inútil, algo que con frecuencia termina por diluir su inteligencia creativa, afectiva y social.

El aislamiento del joven académico no es un cliché, sino una característica necesaria. En Estados Unidos hay instituciones educativas que proporcionan un servicio de control de estrés basado en juegos con animales. Los alumnos pueden acudir a las mascotas (*comfort animals*) para acariciarlas, mimarlas y saltar con ellas en jardines reservados para tal efecto. Los alumnos prefieren a esos perros porque el estrés de los demás doctorandos, también futuros concursantes por las mismas plazas universitarias, es contagioso.

Los doctorandos de cualquier disciplina tienen mucho de obsesivos. Algunos estamos diagnosticados con trastornos mentales leves. Uno se siente Nerval, Poe o Althusser al empapar la cama donde se da vueltas por horas, como si el texto que se está planeando fuera la gran obra.

Pero la redacción de una tesis está condenada al fracaso. Esa es, me parece, la mayor enseñanza. Sólo sirve de algo si se aprendió de ese fracaso anunciado. Si uno está completamente satisfecho con el texto final y se cree los aplausos



Teacher Drunkard,
Anton Eduard Müller,
1882. (Imagen: Fine Art
Images / Heritage Images
/ Getty Images)

del sínodo, los cuatro años invertidos no sirvieron para nada.

En aquel periodo crítico de mi segundo semestre, además de los medicamentos psiquiátricos, tuve que decidir entre dejar el doctorado o perder la cordura. Elegí lo primero. Mi tutora fue comprensiva y me permitió suspender la tesis durante seis meses. Así escribí mi primera novela. Una novela policial, igual que mi tema de investigación. Mi estado en ese momento no daba para mucho más.

En la carrera de Letras en la UNAM, hasta donde se sabe, nunca ha faltado el profesor que advierta a los alumnos que no están ahí para hacerse escritores. Si los alumnos son de nuevo ingreso, el placer para el profe se multiplica. Los más rebeldes le toman la palabra y abandonan la carrera. Otros la continúan, al fin que ni querían ser escritores. Los jóvenes que desean ser novelistas o poetas asumen que el estudio escolarizado de la literatura les sorberá el ímpetu creativo. Ahí se empieza a gestar la pugna del creador literario *versus* el crítico académico, la mutua desconfianza, esa disputa en la que todavía se enfrascan los ánimos más reaccionarios y conservadores de ambos bandos (porque, a veces, se asumen como pandillas aguerridas, los frustrados contra los exitosos, los fajadores contra los estilistas).

En un ámbito tan restringido como lo es el campo literario mexicano, donde suele haber más consenso que divergencias por la simple razón que la lectura es una actividad elitista, se prefiere la descalificación recíproca. El escritor promedio no quiere oír hablar de teoría literaria. Le parece innecesaria, cuando no malévola. El crítico académico no quiere oír lo que dicen los autores vivos, a no ser que sea uno consagrado por

la misma crítica académica, de preferencia española, o por el prestigio de la editorial que publica.

Las obras de editoriales mexicanas independientes, para la

Academia mexicana, tienen una participación casi nula entre sus objetos de estudio. Al crítico académico promedio un posgrado en creación literaria le parece de lo más chafa, por cierto. Pero a la hora de pedir las becas federales la cosa se empareja. ¿Has sido Joven Creador del Fonca? ¿Vas a postular para el SNI?

Retomé el doctorado mientras continuaba con las pastillas que el psiquiatra me recetó. En el quinto semestre avanzaba con la tesis sobre literatura policial y me faltaba poco para terminar la novela. Tuve mi propia mascota antiestrés, un gato. Y volví a la rutina anterior. De lunes a jueves, tesis; viernes y sábado, novela y alcohol. Domingo, día de descruar. Una vez al mes, cita con mi asesora. La diferencia estaba en que dejé de darle seriedad excesiva a los dos escritos. A la tesis y a la novela.

En 2014 se publicó mi novela. Hasta ahora, la presentación de ese libro ha sido la mejor excusa que he tenido para emborracharme con mis valedores. Me alegré de que ello fuera motivo de reunión con algunos a quienes no había visto en años. En la ronda de preguntas una amiga intervino: “¿Vas a seguir con la Academia o vas a hacer ficciones?” Obviamente, mi parte académica ganó. No me concibo, hasta hoy, como un escritor alejado del trabajo universitario. Pero, en ese momento, tampoco podía responder que la novela que presentaba era resultado del azar psiquiátrico que todos llevamos en la cabeza, latente, que un día susurra y hace volcar las expectativas y los planes. “Sí, estoy escribiendo otra novela. Sobre una boxeadora”.

El examen de grado salió bien. Y luego el desempleo. La beca CONACYT extinta. Lapso óptimo para las recaídas de la salud. Ese mes mi gato, mi *comfort animal*, murió al caerse por la ventana del departamento. De pronto, tuve la noticia de haber sido seleccionado como becario del Fonca en el rubro de novela 2014 - 2015.

Ninguno de mis compañeros en el Fonca venía de la academia. En la primera reunión me sentí fuera de sitio. Para compensarlo me presenté como alguien que se dedicaba totalmente a la universidad, y que ese era mi debut en un taller literario, lo que era cierto. Mi propuesta narrativa, *Constelaciones bajo tierra*, estaba dedicada a una boxeadora mexicana retirada. Mis compañeros y nuestro tutor escucharon mi avance. Me dio la impresión de que los había aburrido de forma contundente, como si les acabara de leer el marco teórico de mi tesis.

Para mi fortuna tenía los dos pies en la Academia. Más que la novela sobre la boxeadora pensaba en el proyecto de estancia posdoctoral que había solicitado en un centro de investigación. El posdoctorado es ese último escalón al cual uno puede aferrarse para alargar su calidad de becario. Después no hay nada más. En México, la tasa de desempleo de personas con doctorado es una de las más altas. Las plazas de investigador son tremendamente insuficientes en relación con el número de doctores que se gradúan al año. El modelo de producción se traslada a la esfera académica sin variantes: la oferta laboral queda muy por debajo de la demanda. Lo peor quizá no sea eso, sino el detestable espíritu de competencia fomentado desde la licenciatura. Al final del proceso de selección me llevé el contrato posdoctoral y comencé la estancia de investigación.

En el Fonca conocí personas de mi edad que tenían clara su vocación de novelistas. En el segundo encuentro me di cuenta de que Isadora Montelongo, Rodrigo Márquez Tizano, Joel Flores, Orfa Alarcón y Alfredo Núñez Lanz eran escritores sin prejuicios sobre lo que tiene que decir alguien proveniente de la Academia. Escucharon mi texto, lo comentaron, sugirieron cambios. A final de cuentas, lo relevante de esos encuentros es la congregación de las diferentes posturas, y sobre todo las fiestas, porque académicos y creadores beben por igual.

Hace poco hubo un encuentro con el escritor Yuri Herrera en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Al final de la charla, un alumno de doctorado le preguntó: “¿Crees que las becas de escritura, como el Fonca, prescriben el tipo de literatura que se debe producir en este momento?” Algo así. El cuestionamiento parecía interesante. Herrera, diplomático, lo capoteó. La pregunta invitaba a polemizar sobre el otorgamiento de las becas de creación. Sin embargo, esa misma duda podía trasladarse al entorno universitario: “¿Las becas de doctorado dan línea en la manera de pensar de quienes lo van a cursar?” No me parece que las becas, en ninguno de los dos casos, determinen de tajo el rumbo de los textos; tal vez sean sólo síntomas del gusto de quienes dictaminan los proyectos. Pero la pregunta queda.

Acabé la novela de la boxeadora hace poco. Sigo con mi estancia posdoctoral. Quiero pensar que ninguna de las dos me las tomo en serio. “Todo proyecto es una forma de esclavitud camuflada”, dice Cioran. Más cuando se trata de planes de escritura destinados al placer del fracaso. Por eso ambos, ficción y Academia literaria, son tan susceptibles de derivar en una cita urgente, siempre potencial, al consultorio del psiquiatra. Sertralina en la mañana y carbamazepina antes de dormir. ■■■